

Alvaro Valenzuela Fuenzalida. *Maravíllate*. 1988.

MARAVILLATE

Maravíllate a cada momento y no te dejes vencer por la rutina y por el acostumbramiento.

Cada mañana abre los ojos y contempla a tu alrededor el prodigio de la vida que inicia su nuevo curso y el astro que nuevamente nos ilumina.

Reconoce la extraordinaria improbabilidad de que estés existiendo y viviendo. Porque existir es menos que vivir.

Ama tu pequeña vida y dale sentido a cada momento, porque llegará inevitablemente el momento de la despedida.

Admírate, deslúmbtrate, llega al éxtasis, busca belleza y crea belleza alrededor de ti. Viajero, ¡Detente un instante! y renueva la huella de tu Creador.

Poeta significa creador. No necesitas repetir a los poetas para ser poeta. Basta con sentir y expresar. Ambas cosas son necesarias, porque el que siente y no expresa, no comparte ni entrega y seca su fuente interior.

Mira y sonríte, gusta tu silencio y luego di tu palabra, extiende la mano y siente la amistad.

Ante el espacio cósmico y ante el tiempo cósmico, tiembla y estremécete, es bueno que así sea. Tu sentimiento de pequeñez es saludable y permite dar una nueva escala a las trivialidades de la vida.

Conmuévete pero no renuncies a la gran pregunta. La gran pregunta es el hondo interrogante del ¿por qué? y del sentido de las cosas.

No basta con disolverse en el océano de la belleza y en la noche cósmica. Ser todo en el todo es hermoso, pero no suficientemente humano. Tu ser personal merece algo más.

Alvaro Valenzuela Fuenzalida. *Maravíllate*. 1988.

Del cosmos vuelve al microcosmos, al ave marina y a la hierba de la costa, al picaflor y a la mariposa de los jardines.

Y maravíllate.

Entra en el trance extático de lo infinitamente hermoso, de lo altamente improbable, de la imaginación increíble del Creador, y si no quieres llegar hasta El, ¡queda mudo! ante la magnificencia de las formas y los colores, en el Gran Arbol de la Vida.

Junto a la aristocrática rosa del jardín, da un lugar a todos los demás vegetales y asómbrate.

Planta un zapallo junto a la rosa y verás lo increíble. En pocos días tendrás una planta fuerte y poderosa, cuyas anchas hojas pueden cubrir con facilidad tu mano, cuyos tallos deslumbran por su arquitectura a los más letrados. Mira sus ágiles zarcillos, pequeños bracitos que se enroscan con facilidad en lo primero que encuentran, y sus grandes flores rojas, efímeras, como para darle más tiempo al fruto. No hay oda alguna, que pudiera, ni lejanamente expresar la maravilla.

Contempla los rostros humanos y compadécete. Primero la compasión, que no es sólo pudor o consentimiento, sino honda pena por algo que deberíamos tener y no tenemos. Deja luego paso a la admiración y admírate sin tregua. Nada hay comparable a un gesto humano.

Interésate por los juegos y ritos de los seres humanos. Disfruta de la extraordinaria seriedad con que los seres humanos toman sus vidas y al mismo tiempo de su indolencia y de su evasión.

Recorre el mundo como un observador atento, anota, registra, escucha y rescata lo efímero y llévalo al lugar en que puede ser compartido.

Ese lugar es el de la palabra. Porque el hombre es el ser que tiene logos.

No te sientas superior a nadie. Que tu orgullo sea el de ser humano y hermano de todos.

Alvaro Valenzuela Fuenzalida. *Maravíllate*. 1988.

Que tu admiración sea humilde, que sea madre de una pregunta honesta y de una búsqueda constante. Quien tiene todas las respuestas no pregunta ni se admira. La admiración nace, precisamente, del desnivel entre lo que eres, lo que sabes, lo que controlas, y lo que es, lo que existe, lo verdadero y lo posible.

Que tu admiración te conduzca a la gratitud, pues nada tienes que no hayas recibido.

Honra a tus mayores y recuérdalos constantemente.

Haz presente la imagen de tus padres, de tus abuelos y remóntate mil generaciones más atrás, a tus lejanos antepasados, que en la cadena de la admiración y la pregunta, encontraron la respuesta del fuego, de la pintura rupestre, de la magia y del utensilio de piedra.

Vuelve a tu lejano antepasado, que sobrevivió la Edad del Hielo y que pensó en ti, como yo pienso en ti, hijo de mis hijos para que mantengas viva tu fuente de pregunta, de admiración y de éxtasis.

Admírate del cambio, del movimiento, de la generación, del paso de la vida a la muerte, pero busca lo Uno, lo Eterno, lo que no cambia.

Si no llegas a El, sólo serás paja movida por el viento.

Busca el centro donde cesa la agitación, donde la admiración y el éxtasis son quietud plena de vida, donde la ausencia de movimiento es la acción más rica.

Vive tu pequeño y fugaz momento en el amplio panorama de lo eterno.

Busca a Dios, y sea El, tu fuente última de admiración.

Alvaro M. Valenzuela Fuenzalida.
Viña del Mar, Chile. 1987.